

## ALIMENTOS E IDENTIDAD “INDIA” EN EL *DIARIO* DE CRISTÓBAL COLÓN

Gustavo V. García  
*Rose-Hulman Institute of Technology, EE.UU.*

El *Diario*<sup>1</sup> de Cristóbal Colón, primer documento del encuentro entre América y Europa, inicia una “escritura etnográfica” para organizar y manipular la diferencia racial, cultural y religiosa en el sistema colonial (Solodkow 2014). Su ambivalencia es producto de la percepción del origen y naturaleza de los nativos<sup>2</sup>. Por un lado, “el *Diario* dio las primeras referencias al primitivismo y al salvajismo de los amerindios con sus noticias asombrosas (para la época) sobre los caribes y sus hábitos antropofágicos” (Borello 1993: 7)<sup>3</sup>. Pero también hay descripciones admirativas sobre su aspecto físico y expresiones sutiles que quieren “protegerlos” de la rapacidad de expedicionarios y conquistadores futuros. Estas inconsistencias son propias de su escritura mediatizada: es un texto “compendiado” por Bartolomé de Las Casas. El sujeto colombino (citas directas) difiere del sujeto de la tercera persona (“explicaciones” de Las Casas). Contrastando la presencia de estos sujetos, con énfasis en la descripción de los alimentos, propongo que ambos construyen una identidad “india” de acuerdo con sus intereses específicos.

Las impresiones de Colón (sujeto original) sobre la dieta indígena son superficiales, ambiguas o motivadas por objetivos mercantiles; no le interesaban olores ni sabores “indios”, sino encontrar oro y “especería”, productos codiciados en Europa. Este sesgo influye en su visión de una identidad indígena entre los extremos “rico” o “pobre”. Las Casas, al contrario, por su experiencia con los nativos, explica con más detalle alimentos y hábitos que proporcionan una idea aproximada sobre su función e importancia en la dieta de los “indios”.

Las inconsistencias del texto colombino tienen una explicación que parece producto de la ficción. Cuando el Almirante regresó a España después de “encontrar” las Indias, entregó su diario de a bordo a la reina Isabel la Católica que habría hecho preparar una reproducción para él (copia Barcelona). Ambos documentos se han extraviado. Lo que queda son dos versiones incompletas y poco fiables: la de Hernando Colón y Bartolomé de Las Casas. El primero, hijo y heredero, escribe argumentando un caso jurídico para hacer valer sus derechos sucesorios; y, el otro, un clérigo dominico, manipula una copia del supuesto original para desarrollar la tesis providencialista de la conquista y evangelización pacífica del Nuevo Mundo<sup>4</sup>. La transcripción de Las Casas es el texto canónico aceptado por la crítica. Su lectura, empero, dificulta saber cuándo habla Cristóbal Colón y cuándo el editor se apropia del texto y le hace decir palabras que tal vez no se encontraban en el *Diario* (Zamora 1993). A esto se suman sus numerosas notas al margen (apostillas)<sup>5</sup>, tachaduras y correcciones, lo que sugiere, tal cual argue Ife (2006), que se trata de un trabajo preliminar. Cualquier interpretación crítica, entonces,

---

<sup>1</sup> Colón, Cristóbal. *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*. Aunque impreciso, uso el título *Diario* por razones de brevedad y porque así es conocido por la mayoría de los lectores.

<sup>2</sup> El tema generó hipótesis donde la fantasía se mezcla con el prejuicio. Hanke cree que: “más de un sesudo historiador español los consideró descendientes de las tribus perdidas de Israel” (1949: 71).

<sup>3</sup> Jáuregui (2008) estudia la construcción del “nuevo mundo” como una *canibalia*, la “marca” caníbal de la alteridad americana en términos culturales, religiosos y geográficos (siglos XVI y XVII).

<sup>4</sup> De acuerdo con Pastor: “Las Casas recoge y elabora hasta la saciedad la cuestión de la elección divina de Colón y de su misión evangélica y descubridora como parte de un plan divino anterior al hombre y a su época” (1988: 19).

<sup>5</sup> Stefan Ruhstaller (1992) analiza y clasifica estas apostillas.

tiene que tener en cuenta la presencia de un editor que pudo o no, si no alterar, interpretar o explicar lo que quiso decir el Almirante.

Las primeras impresiones de Colón sobre los “indios” –en tanto sujeto original, el que aparece entre comillas en el texto lascasiano– son superficiales, y sesgadas por los objetivos económicos de su expedición. En algunos casos su reacción inmediata es positiva: describe y admira la belleza, mansedumbre, ingenio y la piel de los nativos: “de la color de los canarios, ni negros ni blancos” (30). Emite, asimismo, juicios de valor cuestionables sobre su “pobreza” o “riqueza”, humildad y, en contradicción consigo mismo, su escaso *entendimiento*. Es más, en ciertos pasajes niega que los amerindios posean un lenguaje propio, observación criticada por Todorov y, según este, por todos los traductores franceses del *Diario*. Más grave es el “derecho” del Almirante para tomar posesión de esas personas cual si fuesen objetos al alcance de cualquier europeo que los “descubra”. Expresiones de ese tipo inventaron e instrumentalizaron la alteridad del nativo americano en función de un proyecto imperialista basado en su explotación justificada por ambiguas categorías raciales, prácticas culturales, sociales y religiosas. Por eso se los presenta sin habla (no humanos), desnudos (pobres y bárbaros)<sup>6</sup>, sin armas (salvajes) y generosos o no agresivos (“cobardes” 92; y “muy cobardes” 112). Esta caracterización negativa, que respondía a un proyecto de dominación política asentada en un incipiente mercantilismo, sentó las bases “éticas” y “jurídicas” para la posesión de América, y, para conquistadores y encomenderos, justificó su violencia porque el indígena, además de esclavo (individuo), es “cosa” o “mercancía”.

En general, las descripciones del *Diario* están influidas por los objetivos económicos de la expedición. De ahí la abundancia de comentarios sobre la belleza y fertilidad de la tierra; las explicaciones sobre el comercio y lo fácil que sería negociar con ellos ventajosamente o someterlos al dominio de Castilla. Con ese comportamiento Colón construye la imagen de un indio de negocios para justificar su empresa ya que, al no tener mucho oro que ofrecer a la Corona, enfatiza el potencial económico de las “Indias”<sup>6</sup> en términos de la explotación de una tierra “muy maravillosa” (158) y de un intercambio desigual favorable a los europeos. Los nativos dan –dice el Almirante– todo lo que tienen a cambio de “cuentecillas de vidrio y cascabeles” (30). Acá, por razones prácticas, el comerciante se impone al humanista: necesitaba ofrecer “algo” económicamente valioso a los Reyes Católicos que habían financiado su expedición. Y nada mejor que hablar de negocios futuros con gente simple e ingenua que entregaba más de lo que recibía a pesar de su pobreza: “En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad. Mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió” (30). La gente, en su lógica eurocéntrica, es muy pobre porque no tiene tanto oro como él quería y porque andan desnudos en un clima tropical. Esta constatación, a partir de juicios de valor medievales, funda la imagen del “indio” pobre e incivilizado que habría de acentuarse hasta épocas contemporáneas.

Pero también Colón cree en un “indio” rico al asociarlo a Cipango. Según sus lecturas de Marco Polo, en esa isla los indígenas son blancos, hermosos y muy ricos. Apresurado por llegar a Cipango, el Almirante no otorga importancia a los alimentos de los nativos (aunque sí a su tierra “maravillosa” y “fértil”) y, si los menciona, es porque son necesarios para describir sus encuentros donde casi siempre usa términos comparativos y generales: “su pan” o sus “cosas de comer”. Excepto un par de casos, sus referencias alimenticias no tienen interés cultural ya que relata sin especificar la comida que le ofrecen: “Los unos nos traían agua; otros otras cosas de comer” (32), es decir cosas extrañas que por carecer de valor monetario no son mencionadas en detalle<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> La creciente demanda alimenticia europea motivó la exploración colombina de las “Indias”, y, a la larga, la expansión de la frontera agrícola, con productos nativos y del resto del mundo, fue uno de sus resultados más importantes. Véase el trabajo de Crosby (1972).

<sup>7</sup> Varios cronistas “refinan” esta visión general y construyen la imagen estereotipada de un “indio” que come cualquier cosa –arañas, hormigas, iguanas, lagartijas, hierbas, cueros y hasta carne humana– vorazmente y sin modales alimenticios (Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco Hernández, Francisco López de Gómara, Martín de Murúa).

Tampoco importaba que esos gestos hospitalarios (ofrendas) estaban motivados porque los originarios los consideraban hombres del “cielo”: la construcción amerindia del Otro europeo como enviado de los dioses que tanto habría de perjudicar a los aborígenes<sup>8</sup>. El Almirante no piensa en lo que puede significar la comida que los nativos le ofrecen, elemento ritual, por ejemplo. Infiero que las ofrendas e intercambios alimenticios de esas ceremonias colectivas formaban parte de una dimensión política y religiosa donde el aparente sometimiento encubre, a través del alimento, la comunicación de un mensaje que intenta reducir las relaciones desiguales percibidas por los indígenas debido al simbolismo asociado a los peninsulares. En este sentido se podría hablar de una gastropolítica<sup>9</sup> indígena ignorada por Colón, cuyo comportamiento establece una diferencia infranqueable entre alimentos “indios” y “europeos”. Este aspecto es evidente en el segundo viaje. Cuando el Almirante retorna a la Hispaniola, se entera que los treinta y ocho colonos que dejó sucumbieron a las enfermedades y a los conflictos entre ellos. Su explicación es reveladora: “Mortality, he maintained, would cease once the settlers were provided with ‘the usual foods we eat in Spain.’ In particular, the settlers needed fresh meat, almonds, raisins, sugar and honey, as well as the wheat flour and wine that formed the backbone of the Iberian diet” (Earle 2012: 1). Para él los alimentos ofrecidos por los amerindios tienen pocas propiedades nutritivas para los peninsulares: una forma de mantener relaciones de desigualdad. Así funda las bases ideológicas para construir la categoría “indio”, un ser inferior que puede ser sometido porque es “simple” y “cobarde”, no civilizado y sin alimentos sofisticados como los europeos.

El sujeto construido por el padre Bartolomé de Las Casas difiere de esa visión. Su actitud, la de un hombre de la Iglesia, es positiva y paternalista hacia los indígenas: quiere “protegerles” manipulando la escritura colombina. Para ocultar las huellas de su voz, el fraile dominico, al copiar el original, otorga credibilidad y autoridad a su tarea intermediaria reiterando su naturaleza “verdadera”: “dice el Almirante” (17, 51), “Todas son palabras del Almirante” (31), “Todo esto dice el Almirante” (54), “Estas son sus palabras” (90, 99), etc. Estas frases refuerzan la hipótesis de que Las Casas tenía una agenda ideológica distinta a la de Colón.

En algunos fragmentos la intervención editorial del dominico es tan notoria que algunos críticos consideran al *Diario* como documento fraguado<sup>10</sup>. Otros, más cautelosos –Fuson, y Varela (2006: vii-xlii)– conjeturan que Las Casas corrige errores básicos que Colón habría cometido en su condición de hablante no nativo del castellano: algo posible en las citas textuales, mas no en las intervenciones directas del dominico donde se apropia del discurso y ofrece un “resumen” o “interpretación” de las palabras del Almirante<sup>11</sup>. Esta práctica escrituraria genera un sujeto mediatizado más detallista en la descripción de los “hechos” pero también más ambiguo ideológicamente y en contradicción con el sujeto original. Se trata de una escritura donde confluyen la tradición europea y una nueva subjetividad producto de las circunstancias donde lo “conocido” es reconstituido para tratar de explicar y (de)codificar lo desconocido (Rabasa 54-55). Gracias a ese tipo de intervenciones lascasianas se puede acceder a informaciones específicas. La mención, por ejemplo, a raíces desconocidas para hacer algo conocido: “pan” (62); apreciar la riqueza agrícola de la zona, la abundancia, la diversidad e importancia de la dieta de los nativos caribeños:

Dijeron los cristianos que, después que ya estaban sin temor, iban todos a sus casas, y cada uno les traía de lo que tenía de comer, que es pan de niames, que son unas raíces como rábanos grandes que nacen, que siembran y nacen y plantan en todas sus tierras, y es su vida, y hacen de ellas pan y cuecen y asan y tienen sabor propio de castañas, y no hay quien no crea comiéndolas que no sean castañas. Dábanles pan y pescado y de lo que tenían. (87)

---

<sup>8</sup> Matthew Restall (2003) pone en tela de juicio esta caracterización que proviene de fuentes europeas.

<sup>9</sup> De acuerdo con Appadurai: “By *gastro-politics* I mean conflict or competition over specific cultural or economic resources as it emerges in social transactions around food” (1981: 495).

<sup>10</sup> Hay interpretaciones de este tipo en los trabajos de Rómulo D. Carbia (1931); Antonello Gerbi (1985); David Henige (1992); Peter Hulme (1989); y Henri Vignaud (1921).

<sup>11</sup> Ife (2006) estima que, en el manuscrito del *Diario*, Las Casas parece reflejar fielmente, si bien resumiéndolo, un supuesto texto original.

Las referencias alimenticias de Colón son generales: “Dábanles de comer de lo que tenían”, “traía algo de comer y de beber”, “manda que lleven lo que tenían de comer”, etc. Las Casas, por su experiencia con los comestibles de esa región explica y describe el ñame en forma tal que cualquier europeo podía imaginar el olor y sabor del “pan” de los “indios”: como castañas. La naturaleza “no inmediata” de este trozo textual es evidente cuando precisa: “[...] y no hay quien no crea comiéndolas que no sean castañas”. La explicación no se limita a los primeros días del arribo de Colón, y mucho menos a su reacción inmediata a este tubérculo. Al contrario, resume varios años de experiencia gastronómica de Las Casas observando los efectos de este producto en la mayoría de los españoles que lo saboreaban. Se trata de otro dato, desde el saber culinario del otro, que respalda la hipótesis de que la versión lascasiana es un documento mediatizado y reelaborado que incorpora descripciones útiles para la historia cultural de los alimentos.

En una cita reveladora Las Casas dice que en “toda Castilla” no hay tierra comparable a la isla Española que produce: “unas raíces como zanahorias que sirven por pan [...] y aquella gente todos diz que eran gordos [...] y de muy dulce conversación” (91). Mucho se puede interpretar de esta cita. Me interesa el Las Casas nutricionista que concluye que la gordura, valentía e ingenio de esa gente se debe a lo que come que, por lo demás, son alimentos casi europeos: como zanahorias (54) o rábanos (87) sabrosos y con olor a castañas. Equiparar productos americanos a europeos tiene una función más compleja que la de explicar y/o borrar diferencias percibidas. Rebecca Earle (2012) muestra la relación entre el consumo de alimentos (nativos y europeos) y la percepción de la salud, la cultura y los proyectos colonizadores del “conquistador”<sup>12</sup>. Esa dieta de “ajes” –para Las Casas no para Colón– determina que los nativos tengan no solo un lenguaje, sino una “muy dulce conversación”. El “indio” en este tipo de pasajes se aproxima al “europeo”. Se trata, a través de la comida, de la construcción de una identidad humana diferente a la aceptada por Colón. Líneas después, el dominico cita al Almirante que ofrece esas tierras tan valiosas como ajenas. A falta del codiciado y elusivo oro, Colón toma posesión de los pobres “indios” y sus tierras fértiles<sup>13</sup> porque andan “desnudos”, no tienen “ningún ingenio” y son “muy cobardes”. Justificación simple y brutal donde la riqueza y potencial de esas tierras justifica el sometimiento de sus habitantes.

En otra cita interesante, después de varias menciones al “pan” de los “indios” (*cazavi*), Las Casas describe el entusiasmo del indígena por los guantes y la camisa recibidos y, sobre todo, elogia sus buenos modales al sentarse a la mesa con el Almirante. El “indio” en esta sección, así fuese por un breve espacio de tiempo, se transforma en “señor”: adquiere una nueva y fugaz identidad europea artificial. Creo que Las Casas destaca este aspecto de buena fe porque es imprescindible para su estrategia de presentar una persona igual o parecida a los españoles. Es decir, alguien similar pero desconocido a quien no se puede ni esclavizar ni matar como si fuera diferente. El “color” de algunos nativos, por ejemplo, es un elemento clave para este propósito: “[...] decían los cristianos que no había comparación, así en los hombres como en las mujeres, y que son blancos más que los otros, y que entre los otros vieron dos mujeres mozas tan blancas como podían ser en España” (87-88). El ingenio, la fortaleza y la tez clara de algunos nativos, implica Las Casas, es producto de su alimentación; idea que socaba la diferencia racial “natural” que respalda esquemas de sometimiento indígena. En la agenda ideológica lascasiana sería difícil justificar que personas tan blancas “como podían ser en España” fueran sometidas en condiciones cercanas a la esclavitud siguiendo las enseñanzas cristianas. No es casual entonces que fray Bartolomé insista en estos símiles raciales: “[...] y son los más hermosos hombres y mujeres que hasta allí hobieron hallado: harto blancos, que si vestidos anduviesen y guardasen del sol y del aire, serían cuasi tan blancos como en España” (91). Es otro caso

---

<sup>12</sup> Para Las Casas, según Earle, “Amerindian bodies differ from Spanish bodies because they were nourished on different foods. While Europeans ate the wheat bread and wine that Columbus had hoped would restore his ailing settlers to health, Amerindians subsisted on ‘roots and herbs and things from the earth and fish’” (2012: 19).

<sup>13</sup> Colón, una y otra vez, acaso como señuelo para captar el interés de los monarcas, describe en términos superlativos la riqueza y potencial de las islas. En palabras de Las Casas: “Dice tantas y tales cosas de la fertilidad y hermosura y altura de estas islas que halló en este puerto, que dice a los Reyes que no se maravillen de encarecellas tanto, porque les certifica que cree que no dice la centésima parte: algunas de ellas que parecía que llegan al cielo y hechas como puntas de diamantes” (62).

de inventar al indígena no solo como lo “mismo” que “(nos)otros”, sino también –aprovechando su desnudez– “inocente” (igual que Adán y Eva en el jardín del Edén) con el propósito de despertar simpatía y protegerlo de conquistadores y encomenderos: una lógica diferente del sujeto original colombino que sin rubor alguno, no exento de crueldad<sup>14</sup>, propone la esclavitud de los nativos porque son “diferentes”, “cobardes”, “pobres” o “ricos”.

En la invención lascasiana del indio como persona inocente (casi exento del pecado original)<sup>15</sup> destacan las referencias al nativo indefenso que confía en los hombres del “cielo” y, por otra parte, muestra generosidad con su prójimo al compartir su comida (artefacto material, cultural y ritual), algo muy caro a los primeros cristianos y admirable según el imaginario popular europeo: “Después a la tarde vino el rey a la nao. [...] Pusiéronle de comer al rey de las cosas de Castilla y él comía un bocado y después dábalo todo a sus consejeros y al ayo y a los demás que metió consigo” (91-92). Estimo que fray Bartolomé destaca la práctica de compartir comestibles porque parece que era muy frecuente e importante para los indígenas. De ser así estaríamos ante otro caso de gastropolítica indígena *avant la lettre*, ya que esta costumbre era, probablemente, una práctica social y política de redistribuir comestibles y resolver conflictos en función al bienestar de la comunidad o, también, un aspecto ritual en que el descubridor, preocupado por encontrar oro, no estaba interesado. El cacique, a diferencia de un noble europeo, no se aprovecha de su autoridad para acaparar productos y administrar el hambre de sus vasallos; al contrario, tiene la obligación de que sus súbditos tengan acceso a estos por escasos que sean. Y más aún en este caso donde las viandas provenían de los seres que vinieron del “cielo”. De manera que, en este trozo textual, se comparte, más que bienes alimenticios, una forma de comunicación con lo sobrenatural.

La comida, por lo expuesto, tiene una función diferente para nativos y descubridores. Para estos últimos no pasa de ser algo material para mitigar el hambre; en tanto que para los primeros, tenía un valor simbólico asociado a prácticas comunitarias y creencias rituales. Los alimentos, además de comestibles, son ingredientes culturales para afirmar una identidad, mantener el bienestar de la comunidad y, en el caso de su relación con el otro europeo, elemento simbólico para recibir y agasajar a los que descendieron del cielo.

A cambio de sus presentes alimenticios, los amerindios recibían con fervor cualquier cosa: cuentecillas de vidrio, sortijas de latón, cascabeles o bonetes. Más que por su novedad o utilidad, estas chucherías eran valiosas porque provenían de los peninsulares considerados seres celestiales. Colón, sin embargo, al contrario de otros conquistadores futuros, no estaba interesado en consumir productos alimenticios de manera urgente e inmediata ni en establecer buenas relaciones comerciales con sus “vasallos”. Su visión era sentar las bases de una futura explotación de las Indias. Por eso, cuando habla de productos propios de la región, destaca su potencial económico para la corona castellana ávida de oro y “especería”. Acá no deja de ser irónico que la mayoría de las especias, condimentos de origen vegetal que se usan para preservar o dar sabor a los alimentos, provenían de las regiones tropicales de Asia (clavo de olor, nuez moscada, macis y canela) y del Mediterráneo (anís, mostaza). Colón, seguro de haber llegado a las Indias, pensaba que la “especería” se hallaba en esas tierras nuevas. Siembra, así, las bases para la explotación agropecuaria de las Indias occidentales. No interesa que (des)conozca la abundante flora y utilidad de esas tierras. Lo que importa es su convencimiento de su futuro valor monetario: el olor del dinero es, en cualquier parte, “la cosa más dulce del mundo”. De forma sistemática el explorador cierra los ojos a la realidad y se deja guiar por su imaginación financiera. Acaso por esos sueños, el Almirante, según su comentarista, se aferra a sus creencias sobre el valor de “especerías” aún por descubrir: “Va de esta manera al Sursueste dos leguas [...] adonde está una playa muy hermosa y un campo de árboles de mil maneras y todos cargados de frutas, que creía el Almirante ser de especería y nueces moscadas, sino que no estaban maduras y no se conocía, y un río en medio

---

<sup>14</sup> Estudios nuevos revelan esta faceta desconocida de Cristóbal Colón. Véanse los trabajos de Consuelo Varela Bueno (2006) y Giles Tremlett (2006).

<sup>15</sup> Este es un tópico recurrente en la obra de Las Casas. En *Historia de las Indias*, al describir a un viejo indio lucayo, escribe: “Parecíame ver en él a nuestro padre Adán, cuando estuvo y gozó del estado de la inocencia” (1985, t. II, XLV: 354).

de la playa” (80, énfasis mío). El experimentado marino llega a la conclusión insólita de que esos árboles observados por primera vez por un europeo “tenían” que ser “especería” aunque (todavía) no se los conocía del todo. El verbo creer denota la inseguridad del descubridor y, cosa curiosa, también de Las Casas que no está seguro de lo que el Almirante dice: “Halló nueces grandes de las de India, *creo que dice*, y ratones grandes de los de India también y cangrejos grandísimos. Aves vido muchas y olor vehemente de almizque, y *creyó que lo debía de haber allí*” (63, énfasis mío). Afirmaciones vacilantes de este tipo que contradicen el sentido común son aceptadas por el copista (y por sus lectores privilegiados) que quieren “creer” en la inagotable fuente de riquezas de esas tierras. Las referencias al oro se explican por sí mismas; pero, hablar de “especería” desconocida hasta entonces, y, sobre todo, evaluarla por encima de las especies tradicionales (sin conocer su uso y beneficio), es construir y prolongar la opulencia del Oriente imaginada a partir de libros y relatos cuestionables. Uno de ellos, el libro de Marco Polo, proporcionó a Colón los datos de “cómo” eran las “Indias” que soñaba encontrar, sobre todo la fabulosa Cipango. Esta isla –identificada con el Japón moderno– justifica y resume los objetivos y sueños mercantiles del Almirante, quien no duda de su existencia y mucho menos de sus riquezas. Este bagaje intelectual explica sus inconsistencias. Si el marino práctico encuentra seres semidesnudos, “salvajes”, “cobardes” y “pobres”, el intelectual no deja de buscar un “indio” rico con el cual se puede hacer negocios: “Da el Almirante aviso que el que hobiere de ir a la Villa de la Navidad, que cognociere a Monte–Cristi, debe meterse en la mar dos leguas, etc.; pero porque ya se sabe la tierra y más por allí no se pone aquí. Concluye que Cipango estaba en aquella isla y que hay mucho oro y especería y almáciga y ruibarbo” (119). Oro (conocido) y “especería” (desconocida) –Colón estaba convencido– abundaban en estas “Indias” que no pertenecían a nadie. Su olor y sabor eran, para el imaginario colombino, ávido del “Oriente”, más “dulces” que los alimentos tan generosamente ofrecidos por los nativos.

El Almirante, empero, nunca arribó a Cipango. Murió sin sospechar que había tropezado con un nuevo continente donde los “indios” eran personas que no comían cualquier cosa. No eran ricos. Tampoco pobres, cobardes o valientes. Tenían cultura, como cualquier ser humano, y una “dulce conversación”. Colón no los entendió; y Las Casas, por su misión evangélica, inventa un “indio” inocente que pertenece al rebaño cristiano: casi lo “mismo” que “(nos)otros”. Entre la similitud y la diferencia, la identidad indígena es un proceso conflictivo que todavía sigue en construcción.

## Bibliografía

- APPADURAI, Arjun (1981): "Gastro-Politics in Hindu south Asia", en *American Ethnologist* 8.3, pp. 494-511.
- BORELLO, Rodolfo A. (1993): "Los diarios de Colón y el padre Las Casas", en *Cuadernos Hispanoamericanos* 512, pp. 7-22.
- CARBIA, Rómulo D. (1931): "La historia del descubrimiento y los fraudes del Padre Las Casas", en *Nosotros* 72, pp. 139-54.
- COLÓN, Cristóbal (1992): *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*. 14.<sup>a</sup> ed., Ignacio B. Anzoátegui (ed.). México, D. F.: Espasa-Calpe.
- CROSBY, Alfred W. (1972): *Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492*. Westport, CT: Greenwood.
- EARLE, Rebecca (2012): *The Body of the Conquistador. Food, Race and the Colonial Experience in Spanish America, 1492-1700*. Cambridge: Cambridge UP.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo (1959): *Historia general y natural de las Indias*. 5 vols. Ed. Juan Pérez de Tudela Bueso. Madrid: Editorial Atlas.
- FUSON, Robert H. (1985): "The Diario of Colón: A Legacy of Poor Transcription, Translation, and Interpretation", en Louis de Vorsey, Jr., and John Parker (eds.), *In the Wake of Columbus*, pp. 51-75. Detroit: Wayne State UP.
- GERBI, Antonello (1985): *Nature in the New World. From Christopher Columbus to Gonzalo Fernández de Oviedo*. Pittsburgh: UP.
- HANKE, Lewis (1949): *Bartolomé de Las Casas. Pensador político, historiador, Antropólogo*. La Habana: Sociedad Económica de Amigos del País.
- HENIGE, David (1992): "To Read Is to Misread, To Write Is to Miswrite: Las Casas As Transcriber", en Rene Jara y Nicholas Spadaccini (eds.), *Amerindian Images and the Legacy of Columbus*, pp. 198-229. Minneapolis: U of Minnesota P.
- HERNÁNDEZ, Francisco (1986): *Antigüedades de la Nueva España*. Ed. Ascensión H. de León-Portilla. Madrid: Historia 16.
- HULME, Peter (1989): "The Log of Christopher Columbus: A Review Essay", en *Culture and History* 6, pp. 25-36.
- IFE, Barry W. (2006): "'Si no está mentirosa la letra': Revisiting the Text of the 1492 Voyage", en *Journal of Iberian and Latin American Studies* 12(2-3), pp. 107-122.
- JÁUREGUI, Carlos A. (2008): *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert.
- LAS CASAS, Bartolomé de (1985): *Historia de las Indias*. 3 vols. Hollywood, Fl.: Ediciones del Continente.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco (2006): *Historia general de las Indias*. Barcelona: Linkgua.
- MURÚA, Martín de (1986): *Historia general del Perú*. Ed. Manuel Ballesteros. Madrid: Historia 16.

- PASTOR, Beatriz (1988): *Discursos narrativos de la conquista: Mitificación y emergencia*. Hanover, NH: Ediciones del Norte.
- POLO, Marco (2002): *The Travels of Marco Polo*. Ed. Manuel Komroff. New York: Liveright Publishing Corp.
- RABASA, José (2009): *De la invención de América. La historiografía española y la formación del eurocentrismo*. México: Universidad Iberoamericana.
- RESTALL, Matthew (2003). *Seven Myths of the Spanish Conquest*. Oxford: Oxford University Press.
- RUHSTALLER, Stefan (1992): “Bartolomé de Las Casas y su copia del ‘Diario de a bordo’ de Colón. Tipología de las apostillas”, en *Cauce* 14-15, pp. 615-637.
- SAINT-LU, André (1981): “La perception de la nouveauté chez Christophe Colomb”, en *Etudes sur l’impact culturel du Nouveau Monde*. Vol. 1, pp. 11-24. Paris: L’Harmattan.
- SOLODKOW, David M. (2014): *Etnógrafos coloniales: alteridad y escritura en la conquista de América (siglo XVI)*. Madrid: Iberoamericana.
- TREMLET, Giles (2006): “Lost document reveals Columbus as tyrant of the Caribbean”, en *The Guardian*, [www.theguardian.com/world/2006/aug/07/books.spain](http://www.theguardian.com/world/2006/aug/07/books.spain), 27-09-2019.
- TODOROV, Tzvetan (1982): *La conquête de l’Amérique: la question de l’autre*. Paris: Seuil.
- VARELA, Consuelo (1982): “Prólogo”, en Consuelo Varela (ed.), *Textos y documentos completos. Relaciones de viajes, cartas y memoriales de Cristóbal Colón*, pp. Vii-lxii. Madrid: Alianza Editorial.
- (2006): *La caída de Cristóbal Colón: el juicio de Bobadilla*. Madrid: Marcial Pons.
- VIGNAUD, Henri (1921): *Le vrai Christophe Colomb et la légende*. Paris: Picard.
- ZAMORA, Margarita (1993): *Reading Columbus*. Berkeley: University of California Press.